

## Mariátegui y los 500 años

TOMAS G. ESCAJADILLO

Yo soy expreso enemigo de la futurología y por ello siempre he criticado divagaciones —las más de las veces descabelladas— de este tipo: ¿qué hubiera pensado Mariátegui (para olvidarnos de Brezhnev y Krushchev que están los pobres en el fondo del papelero de la historia) de Gorbachov? ¿Lo hubiera considerado el Gran Traidor? ¿Cómo evaluaría JCM el derrumbamiento del socialismo realmente existente en Europa Oriental? O, en otro plano, ¿JCM aconsejaría el voto viciado en las elecciones del CC (lo de D es exceso)? Finalmente, ¿qué hubiera dicho Mariátegui ante un conjunto de partidos que llevan su nombre o dicen seguir sus ideas, de la disolución de la Izquierda Unida, el fenómeno más importante acaecido en el campo socialista peruano en el siglo xx?

Pero como está de moda —moda que viene de lo más alto—, decirse y desdecirse, diré, pues —a pesar de mi tantas veces expresado reparo a la futurología como procedimiento válido en política e historia de las ideas—, algunas frases en torno a JCM a la luz de este 500 Aniversario. Lo primero —que puede ser sorprendente para algunos— es que “el personaje histórico que más admira Mariátegui es Cristóbal Colón”. Lo dice al paso en un reportaje en el que se preguntan muchas cosas, publicado en la revista *Varietades* de Lima, el 26 de mayo de 1923. Ese aserto debe ponerse en su contexto. Años más tarde Mariátegui explicaría qué es lo que le fascina de Cristóbal Colón. Desde luego que no hace falta recurrir a citas de los escritos de Mariátegui para documentar su acre condena al proceso, al *modus operandi* de la Conquista. Es innecesario, igualmente, acudir a los planteamientos de cómo Mariátegui evaluó que el proceso del Virreinato terminó por destrozar ese país razonable y sensato que era el Perú (o,

si se prefiere, el imperio de los Incas), cuando –maldito sea el día– Pizarro y los suyos tocaron costas peruanas.

Durante muchos años, he usado la frase–muletilla del protagonista de *Conversación en La Catedral* (Zavalita era por aquel entonces –ahora ya no– una especie de *alter ego* de Mario Vargas Llosa): ¿Cuándo se jodió el Perú? En una entrevista –verdaderamente de antología y no sólo por su desusada extensión– que le hice al cuentista y novelista Enrique Congrains y que apareció en *Quehacer* (número 46, abril-mayo de 1987), le lancé de improviso la famosa preguntita. Congrains no lo pensó un instante y contestó: “Para mí el Perú se jodió el día que nos invadieron y nos conquistaron los españoles”. (Después de esto la frasecita –que data de 1969– se hizo tan popular que hasta se ha publicado recientemente un sesudo libro con ese título).

Si algo le reprocho a mi muy admirado Mariátegui es el no haber sido, como su antecesor ideológico Manuel González Prada, anticlerical. Así, por ejemplo, que no haya en él condena explícita a los “extirpadores de idolatrías” y la evidente alianza Gamonal-Cura local. Pero el juicio y la evaluación histórica de Mariátegui sobre la Conquista-Coloniaje es duro y rotundo. Es más, su aporte no se acaba con la Colonia; él fustiga quizás con especial acritud y contenido político a quienes durante la República siguen usufructuando el poder “con el espíritu de casta de los encomendadores coloniales”. Su pelea, pues, en el Perú que le tocó vivir por desgracia es corta. Quizás deberíamos incluir aquí una reflexión acerca de si Mariátegui idealizó el Imperio Incaico y concretamente sus células constituyentes, las comunidades indígenas. No hay espacio para ello.

Digamos que no vamos a preguntarle a José Carlos Mariátegui acerca de la conocida posición de nuestro buen amigo el Dr. Virgilio Roel, que afirma que los aventureros, analfabetos, ex convictos, etc., que “descubrieron” América provenían de una Europa que estaba –son cálculos del Dr. Roel– atrasada 500 años en relación al nivel de vida del “Nuevo Continente”. Es posible –a la luz de lo que sabemos *ahora*– que Mariátegui idealizara un tanto la comunidad indígena y que se apoyara demasiado en los escritos de Hildebrando Castro Pozo. (¿Pero, había opiniones alternativas que escoger?).

Mariátegui identifica a Riva-Agüero como “el capitán de la derecha”, hispanófila y entroncada con los “encomenderos coloniales”. En el “testimonio de parte” que antecede a “El proceso de la literatura” –por mucho el más largo e importante de los 7 ensayos– José Carlos Mariátegui hace su “arreglo de cuentas” (el título es de Vargas Llosa), con el Capitán Riva-Agüero y sus seguidores, como los hermanos García Calderón (especialmente la cosa es con Ventura). Pero esto sucede en 1927/28. Muchísimo antes, siendo Mariátegui casi un adolescente, el futuro Amauta ataca –y lo hace ferozmente– al “capitán de la derecha”.

Riva-Agüero había dictado una pomposa, soporífera y larguísima conferencia en San Marcos (desde luego todavía en esas fechas reducto y bastión de la derecha y el pensamiento conservador). El comentario escrito de Mariátegui es lapidario: “Un discurso: 3 horas, 48 páginas, 51 citas. ¿Gramática? ¿Estilo? ¿Ideas?”. La humillación de la “vaca sagrada” (que verdaderamente Riva-Agüero lo era, antes y después) apareció en *La Prensa*, de Lima, el 30/IV/1916. Mariátegui tenía entonces apenas 22 años y su evaluación del mayor representante de la “derecha ilustrada” es letal como flecha envenenada: “3 horas + 48 páginas + 51 años (citas) = 0 ideas = 1000 yerros”.

Uno de los grandes aportes de Mariátegui en “El proceso de la literatura peruana”, como recién ahora se está reconociendo es su esquema de periodización de la literatura peruana: Literatura Colonial/Literatura Cosmopolita/Literatura Nacional. Es en este campo, en especial, que Mariátegui se enfrenta con los “hispanófilos” y proclama un dictamen muy negativo a la etapa “colonial” de nuestra literatura, a la cual –sorprendentemente– adiciona a muchos escritores de época muy entrada la República, incorporándolos a lo que para acortar podríamos llamar, como José Carlos Mariátegui, “Mediocres escribientes coloniales”. Así Mariátegui afirma: “Riva-Agüero enjuició la literatura con evidente criterio “civilista”. Su ensayo sobre el “carácter de la literatura del Perú independiente” está en todas sus partes, inequívocamente transido no sólo de conceptos políticos sino aún de *sentimiento de casta* (mi subrayado). Es simultáneamente una pieza de historiografía literaria y de reivindicación política”.

Lo interesante es que Mariátegui alcanza a vivir los cambios de

dueño que sufre el Perú. Analiza el imperialismo británico y en los años finales y cruciales de su vida percibe y denuncia el cambio de dueño: bajo el paraguas generoso de Leguía el imperialismo norteamericano domina la economía peruana durante su famoso "oncenio". Leguía termina derrocado no así el imperialismo yankee, que goza de buena salud y todavía tiene en nuestros días superpoderosos embajadores criollos (*jad-honorem?*). Carlos Boloña, por ejemplo, debe tener pasaporte diplomático USA.

Todo esto quiere decir que Mariátegui —hasta 1930, año de su muerte—, puede hacer un análisis de la "visión de los vencidos", eliminando en sus evaluaciones la fuerza del comercio con España —que se reduce a muy poco—, a cambio de combatir a los nuevos amos del país; pero esto no liquida, como veremos al final, las cuentas con España. En lo fundamental, Leguía ve un peligro en el N° 9 de *Amauta* en el que se ataca al Amo del Norte y se publican textos tan persuasivos como el de Jorge Basadre, "Mientras ellos se extienden. Crónica sintética de la reciente acción yankee al norte de Panamá". De allí la invención de un "complot comunista" que lleva a Basadre y a Mariátegui, entre otros, a la cárcel, y ocasiona la primera clausura de *Amauta*.

Digamos, finalmente, que si el *Amauta* designa a los gamonales ("el Perú está contra los gamonales o a favor de ellos") como los herederos de los "encomenderos coloniales", y responsabiliza a las repúblicas hispanoamericanas el no haber cambiado en lo sustancial el orden social opresor del régimen anterior, la crítica contra España está presente, aunque quizás de forma subliminal.

Esto podría verse al examinar que, en el campo de la literatura, Mariátegui combate a los "hispanistas" como si estuvieran en el poder. Esto implica, de un lado, una posición claramente "indigenista" que no necesita ser explicitada, y una actitud antihispanista que hace pensar que en 1923-1930 Mariátegui está realizando inconsciente o concientemente un ajuste de cuentas con 1492.

En cierta forma "El proceso de la literatura" significa una crítica abierta a la tradición hispanista poniendo en primer plano a las figuras del "Perú profundo". Es una de las primeras reivindicaciones a Mariano Melgar. "Expropia" a Palma, que había intentado ser alineado en la

hilera de los añorantes del pasado colonial. JCM destaca el carácter “democrático” de Palma, y su tono burlón y satírico respecto a su imagen de la Colonia. En cambio, el cuestionable humor de Pardo y Aliaga no es sino “malhumor godó”, de alguien que añora el pasado colonial, a diferencia del fresco humor, por donde entra el pueblo con todas sus imperfecciones, de Manuel Segura. Y no repetiremos por archiconocido que José Carlos Mariátegui —y su revista *Amauta*— elogian sin el menor regateo obras tan poco revolucionarias como las de Martín Adán y, sobre todo, a su adorado José María Eguren.

Volviendo a Colón. ¿Incurrió en un fallo (como dicen los españoles) Mariátegui al separar a Colón del fenómeno de la Conquista? Creo que sí, aunque debemos escuchar a Mariátegui explicitar qué fue lo que lo sedujo de Colón. Cinco años más tarde de la cita con que inició esta nota, diría Mariátegui: “Colón es el tipo del gran aventurero: *Pioneer de pioneers*”. Mariátegui lo admira como admira a Charlie Chaplin, el aventurero de *En pos del oro*: “... el bohemio es la antítesis del burgués. Charlot es anti-burgués por excelencia. Está siempre listo para la aventura, para el cambio, para la partida. Nadie lo concibe en posesión de una libreta de ahorros. Es un pequeño don Quijote, un juglar de Dios, humorista y andrajoso” (“Esquema de explicación de Chaplin”).

En el texto de Mariátegui que estamos citando, (*Variedades*. Lima, 13 de octubre de 1928), JCM revela: “Pienso en Colón cada vez que me visita la idea de escribir la apología del aventurero. Porque hay que reivindicar al aventurero, al gran aventurero”.

Y, como se trata de un texto del Mariátegui final, la reflexión se eleva al destino de esta América que “descubrió” Colón: “Hispano-América, Latino-América, como se prefiera, no encontrará su unidad en el orden burgués. Este orden nos divide forzosamente, en pequeños nacionalismos. Los únicos que trabajamos por la comunidad de estos pueblos, somos, en verdad, los socialistas, los revolucionarios. ¿Qué puede acercarnos a la España de Primo de Rivera? En cambio, ¡qué cerca estaremos siempre de la España de Unamuno, de la España revolucionaria, agónica, eternamente joven y nueva!: A Norte América le toca coronar y cerrar la civilización capitalista. El porvenir de la América Latina es socialista”.